

Eduardo Alonso-Crespo: Sinfonía nº 6, op. 35 para coro y orquesta

*Comentarios y notas de programa:*

El Jefe Seattle fue el líder de la nación Susquamish, en el noroeste del actual territorio de los EE.UU. En 1854 el gobierno de ese país le ofreció comprar los territorios restantes de la región que aún no habían sido apropiados por los colonos ante una virtual amenaza de tomarlos por la fuerza. El Jefe Seattle respondió a la oferta con un famoso discurso. La reconstrucción del discurso no está exento de críticas ya que las fuentes originales fueron un tanto vagas y sufrió agregados en los años '60 y '70 del siglo veinte. Sin embargo el contenido incluía conceptos como los siguientes:

“El Gran Jefe Blanco de Washington quiere comprar las tierras. ¿Cómo se puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Esa es para nosotros una idea extraña. Si nadie puede poseer la frescura del viento ni el fulgor del agua, ¿cómo es posible que usted se proponga comprarlos? Cada pedazo de esta tierra es sagrado para mi pueblo. Cada rama brillante de un pino, cada puñado de arena de las playas, la penumbra de la densa selva, cada rayo de luz y el zumbir de los insectos son sagrados en la memoria y vida de mi pueblo. La savia que recorre el cuerpo de los árboles lleva consigo la historia del piel roja”. El discurso fue extenso, de alrededor de una hora, y entronca con muchos otros conceptos similares.

Saltamos ahora 165 años y otra persona – también externa al “común de las gentes” – da otro discurso, esta vez en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York. La activista adolescente sueca Greta Thunberg increpa a los políticos actuales, hablando en nombre de los jóvenes de su generación con duras frases:

“Mi mensaje es que los estaremos vigilando. Todo esto está mal. Yo no debería estar aquí. Debería estar de vuelta en la escuela, al otro lado del océano. Sin embargo, todos ustedes vienen a nosotros, los jóvenes, en busca de esperanza. ¡Cómo se atreven! Han robado mis sueños y mi infancia con sus palabras vacías. Y sin embargo, soy una de las afortunadas. La gente sufre. La gente se está muriendo. Ecosistemas enteros se están derrumbando. Estamos en el comienzo de una extinción masiva. Y de lo único que pueden hablar es de dinero y cuentos de hadas de crecimiento económico eterno. ¡Cómo se atreven!”

Estos dos discursos están distanciados en el tiempo por más de un siglo y medio, y sus protagonistas son un anciano líder y una adolescente activista. Sin embargo el mensaje es básicamente el mismo y resultó – en este caso – el punto de partida para esta obra. Por un lado determinó su contenido lírico – la supervivencia de nuestro mundo – y su estructura formal – las dos partes que constituyen la sinfonía. El contenido lírico encontró su vehículo en poemas del escritor salteño Marcelo Sutti, poeta y miembro fundador de la Orquesta Sinfónica de Salta, sumados a textos del propio compositor y del Gradual del Canto Gregoriano. Y la estructura quedó repartida en dos partes: un Adagio contemplativo – subtítulo El Jardín Secreto – que gira en torno al estado extático que induce nuestro secreto jardín, la Tierra, y un Allegro furioso –

subtitulado La Utopía – que evoluciona alrededor de la esperanza de que reaccionemos.

La Sexta Sinfonía – comisionada por la Orquesta Sinfónica Nacional de Argentina – consta entonces de dos partes y está orquestada para dos flautas, piccolo, dos oboes, corno inglés, dos clarinetes, clarinete bajo, dos fagotes, cuatro cornos, tres trompetas, tres trombones, tuba, arpa, percusión, timbales, cuerdas y coro mixto. La duración aproximada es de veintiséis minutos.